

EL MUNDO IDEAL Y EL MUNDO REAL

Por RENE BOGGIO AMAT Y LEON

Todo hombre lleva dentro del alma un sueño que anhela realizar. Puede el anhelo de cada hombre ser distinto. Unos piensan reformar el mundo, otros llegar a ser millonarios, hay quien se contentaría con pasar desapercibido y silencioso. Incontables son los objetivos que persigue cada vida. Cada ser pensante es la ilusión de algo y aún los estoicos desean llegar a ser indiferentes y el sueño pavoroso del suicida es acabar con su vida. No hay vida que no tenga una finalidad ni una meta por más que ésta pueda ser equívocada.

Obramos en la vida diaria tal como nos impulsa a obrar el mundo ideal que llevamos dentro y de ahí que de la concepción que tengamos del mundo y de la vida, de la deducción de nuestro pensar y enfocar, se creará nuestro mundo impulsivo que dará forma a nuestra conducta.

Hay hombres que jamás llegan a crearse un fuerte mundo interior y jamás se plantean los problemas definitivos. Estos hombres sólo "viven", se dejan arrastrar por la corriente de la vida y un día, como cualquier otro, se los lleva, sin que nadie lo perciba, la corriente de la muerte. Su mundo interior fue pobre y no dejaron un nombre como individuos, ni su acción se hizo carne, para colaborar humildemente en un grandioso anhelo social.

Pero sucede muchas veces que el ideal que el hombre lleva, sobrepasa las posibilidades de su realización. Este hombre ha soñado más de lo que puede dar la vida. Cuando el ser humano puede resistir este choque entre su ideal y el mundo práctico, la fuerza enorme del ideal se amolda y se canaliza, se confunde con la corriente de la vida, influyendo en el sector social en que actúa.

Cuando el hombre no puede resistir este choque entre su mun-

do ideal y la realidad, se desadapta, el ambiente real lo asfixia y cae en el pesimismo, el egoísmo, la desesperación violenta, la resignación del misántropo o un cinismo amargo.

Es ante esta realidad que muchos opinan que la creación de un fuerte mundo ideal perjudica la actuación del individuo. El hombre—dicen estos discípulos de Juan Jacobo—debe formar sus ideas, al golpe modelador de la vida diaria.

Crearle a un hombre un mundo interior puede traer por consecuencia el que la desproporción entre el ideal y la vida sea tan grande que el choque produzca la quiebra del ideal, de manera trágica y desconcertante.

Además ¿de qué sirve muchas veces tener un plan de comportamiento si la vida lo cambia con sus sorpresas múltiples e imprevisitas? ¿De qué sirve el mundo ideal ya que es tan pocas veces realizable? Objeciones aparentemente fuertes, peligrosas por derrotistas, que es necesario dilucidar.

El practicismo materialista día a día acentúa este concepto y ya se empieza a llamar "idealista" como quien dice "alienado".

Sin embargo es del mayor interés constatar la importancia del mundo ideal en nuestra vida.

Nada justifica más la necesidad de tener un mundo ideal que las imperfecciones, injusticias y absurdos del mundo real. Justamente, ante lo imperfecto, el saber que hay algo más perfecto, no realizado, es lo que nos induce a vivir y a seguir luchando. El hombre, con ese sueño resplandeciente de perfección que alimenta en los profundos repliegues de su alma, no desespera ante lo malo de la vida, sabe que se vive mal, pero también sabe que se puede vivir mejor y así vive y por el poder soñar vive más y más valiente es ante el choque brutal de la vida cuanto más alto y puro es su sueño. Esa esperanza nos mantiene y ese modelo de verdad y esa forma de perfección que llevamos entre nosotros nos permite mirar con indiferencia la falsía y con desprecio las formas grotescas.

De otro lado, el mundo ideal, aún al no realizarse, siempre es fecundo. Cada generación revolucionaria, en el noble sentido de esta palabra, en alguna forma lleva a la práctica su sueño de ideal. El elemento humano de imperfección vicia la realización completa,

pero de este encuentro entre el ideal y la imperfección va surgiendo un equilibrio constante. No hay reformador que haya logrado íntegramente una reforma, pero, en compensación, no hay intento de reforma que se haya perdido totalmente. Y es debido a estos sueños realizados a pedazos que la humanidad avanza dolorida pero constante; y animada, cada cierto tiempo, por grupos optimistas que no miden, en su afán de perfección, la peligrosa distancia que hay del sueño a la vida, porque comprenden que si muchas veces el corazón queda clavado en el camino, el impulso vital llegará, aún después de la desaparición de la generación impulsora. Es la suerte de los precursores "que saben pero que no verán".

La Literatura es la que más ha pagado contemporáneamente al creerse inútil su influencia en los cambios del mundo. Se sabe que un artículo de un periódico, en la generalidad de los casos, no cambiará el curso del acontecer, y al pensar en esto puede invadirnos momentáneamente el desaliento. Pero es necesario responder y considerar. Cuando la Literatura tiene una finalidad placentera, desinteresada y pura, su misión está cumplida ya en ese noble placer que produce. "El Conocer por sí solo causa placer".

Cuando la Literatura es agitadora de grandes problemas, cuando asume un carácter directivo social, no se puede decir que sea inútil el escribir ni que la influencia literaria sea nula.

Si nuestra época siente el peso de problemas tremendos de los que no se puede sacudir, es porque en gran parte estamos formados, nosotros, generación que no lee, por una generación lectora. Sin darnos cuenta "somos solidarios del pasado en el orden del pensamiento". Nuestros antecesores influyen en nosotros mucho más de lo que creemos.

"Se dirá: ¿qué importan los sueños de algunos soñadores? la multitud no se ocupa gran cosa de ellos.—Error! La Filosofía guía al mundo, aunque éste lo ignore. El conflicto de los intereses y de las pasiones puede velarnos la marcha de las ideas; pero éstas, no por eso, dejan de proseguir su obra. Sin duda, en su forma abstracta la idea no es muy contagiosa, pero no se contenta con eso. Por la novela o la poesía, por los discursos y artículos de diarios, descende de las altas esferas donde se elabora la ciencia, para vulgarizarse, para penetrar en lo más profundo de las masas y llevar

allí sus frutos de vida o de muerte.—Tomemos, por ejemplo, la cuestión de la esclavitud. En su origen es una simple tesis de filosofía. Se decía: ¿qué importan la metafísica de algunos ideólogos? No por eso se dejará de continuar comprando esclavos y de hacerlos trabajar. Y sin embargo, la gran idea de la emancipación hacía lentamente su camino en los espíritus y transformaba poco a poco la opinión. Channing la revistió con los resplandores de su elocuencia; el poeta Longfellow la cantó en sus versos; en fin, una novela "La cabaña del tío Tom", la hizo dar la vuelta de América y de todo el mundo. La guerra civil duró cuatro años; pero la idea fue más fuerte que las bayonetas y cuatro millones de esclavos quedaron libres". (Lahr. Filosofía).

¿Y qué decir de nuestro mundo contemporáneo? ¿Podremos negar después de leer a Berdiaeff la influencia de Nietzsche y Marx en nuestro siglo?

"Dos hombres que dominan el pensamiento de los tiempos modernos, Federico Nietzsche y Carlos Marx, han ilustrado con genial intensidad esas dos formas de la autonegación y de la autodestrucción del humanismo. En Nietzsche, el humanismo se renuncia y se destruye bajo la forma individualista; en Marx es bajo la forma colectivista. El individualismo abstracto y el colectivismo abstracto están engendrados por una sola y misma causa: la sustracción del hombre a las bases divinas de la vida". (Berdiaeff.—Una Nueva Edad Media).

Nuestro mundo vive la gran tragedia de no saber crear una fuerte corriente intelectual salvadora. Las luces de la sana y verdadera filosofía, la única capaz de crear un verdadero mundo ideal realizable, que pueda darle otra forma y otro tono a la vida, no llega al grueso público, mientras que las ideas disolventes que han fraguado este estado de desintegración y disolución se transmiten fácilmente por todos los medios y penetran por todos los sentidos.

La dirección de la marcha de la humanidad la tienen con amplia libertad, por razón del adelanto técnico, los productores de películas y las estaciones de radio, (vehículo de sandeces con excepciones extraordinarias).

Esto no permite la formación de un fuerte mundo ideal que el hombre necesita.

La personalidad del hombre está casi anulada y disuelta. No podemos negar que vivimos unidos al pasado pero desgraciadamente en mucho de lo que el pasado tuvo de negativo. Una fuerte época cultural, como el siglo diecinueve, ha volcado su cuestionable cultura sobre un siglo mecanizado, absorbido por la técnica, apremiado en la lucha por el pan e incapaz de crear una salvación para su mundo.

Con las últimas ideas del siglo anterior nos vino el progreso de los aparatos útiles para el dominio de la opinión.

Esto ha dado lugar a un tipo "standard" de mentalidad que no puede personalmente hacer una revalidación de valores. Con el cine parlante del que nos ufamamos tenemos una mentalidad centenaria. Por eso el mundo busca, sin acertar a encontrar, dentro de formas opuestas, pero brutales y antihumanas, aquel ritmo sereno que parece que ha perdido para siempre. "Y no puede esperarse que la solución venga de un movimiento a la derecha o a la izquierda; solo podrá encontrarse en un movimiento de elevación y profundidad". (Berdiaeff).

Nuestro José Carlos Mariátegui,—y lo llamo "nuestro", no por lo que en él hay de marxista, que es lo extra-peruano, sino por lo que en él hay de preocupación nacional, que será la perenne de su pensamiento—, estaba completamente de acuerdo con el pensamiento católico en reconocer que el mundo contemporáneo era un mundo sin fe y por consiguiente un mundo decadente por falta de ideales.

Para Mariátegui, el hombre que no tiene un mito que lo agite no podrá hacer frente a una lucha fuerte y encarnizada. Y apunta este detalle sorprendente y desgraciadamente cierto: "la burguesía es escéptica y el escepticismo es improductivo mientras que el proletariado tiene un mito: la revolución social". (Defensa del Marxismo.—El Hombre y el Mito).

"La Inteligencia burguesa se entretiene en una crítica racionalista, del método, de la teoría, de la técnica de los revolucionarios. ¡Qué incompreensión!

La fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia; está en su fe, en su pasión, en su voluntad". (Defensa del Marxismo.—El Hombre y el Mito).

Cuando Mariátegui afirma que el YO profundo del hombre necesita llenarse con algo más que la ciencia, cuando afirma la necesidad de una "fe", dice una verdad cristiana, para hablar de un cristianismo puro, dice una verdad católica.

Cuando afirma que el proletariado comunista tiene una fe también dice una verdad, cuando Mariátegui asegura que el mito de la "lucha de clases" puede ser productivo, es ahí donde disentiemos de él. Pero no entremos en el terreno polémico y doctrinario. Constatemos solamente cómo se reconoce, aún en los sectores más opuestos, la necesidad de la existencia de un mundo ideal.

Las masas que tienen un mito triunfan es cierto y es innegable. Pero la desgracia enorme de nuestra época es enfrentar "mitos" contra "mitos". Una doctrina profunda, como la cristiana, es la que debe oponerse a estos mitos.

Así, por un instinto animal de conservación, se ha exagerado el sentimiento nacionalista y el sentimiento racista. Pero la discusión se realiza igualmente en un plano superficial, no se penetra en las verdaderas causas del desorden.

A la violencia se responde con la violencia y los hombres tienen que caer bajo una dictadura para no caer en otra. Los partidos que llegan a ser populares es porque llegan a crear en la conciencia de la masa un mundo ideal capaz de impulsarla a la acción. Pero son mundos ideales al fin y al cabo sin sustento divino, y estos mundos se gastan y las dictaduras para sostenerse necesitan vivir en un pueblo enloquecido en donde los nervios siempre están a punto de estallar. En todas partes el sentido de respeto por la persona humana ha sido perdido ante la clase o el Estado; el hombre desaparece y Maritain lo ha demostrado magistralmente.

José Carlos Mariátegui, cuyo testimonio nunca podrá ser sospechoso, comprendió que el fascismo no era una simple reacción sino una verdadera revolución que también habría de asustar a la burguesía: "El Fascismo habla un lenguaje beligerante y violento que alarma a quienes no ambicionan sino la normalización. Mussolini en un discurso dice: No vale la pena de vivir como hombre y como partido y sobre todo no valdría la pena de llamarse fascistas si no se supiese que se está en medio de la tormenta. Cualquiera es capaz de navegar en mar de bonanza, cuando los vientos inflan

las velas, cuando no hay olas ni ciclones. Lo bello, lo grande, y quisiera decir lo heroico, es navegar cuando la tempestad arrecia. Un filósofo alemán decía: vive peligrosamente. Yo quisiera que esta fuera la palabra de orden del joven fascista italiano". (Defensa del Marxismo..—José Carlos Mariátegui).

Y he aquí que nuestro mundo no puede librarse de este anillo de hierro sólo por no poder crear un mundo ideal capaz de ser todo un efectivo motor para la acción. La Filosofía cristiana, su concepción orgánica, no han sido llevadas a la práctica, pero de esto no se deduce que ahí no esté la salvación. Y la filosofía social de la Iglesia, aún desligada de toda influencia personal, constituye la mejor respuesta a la angustia, que ya nos llega a la garganta, de nuestro siglo.

La verdadera revolución no puede llevarse en el campo de la violencia en donde han planteado el problema las doctrinas extremas. No se puede reemplazar un materialismo por otro. Es "encerzarse dentro de un círculo mágico". Hacia la búsqueda del hombre y de su alma, hacia el respeto de su persona hay que ir y lo demás vendrá por añadidura.

Más que nunca necesitamos de la existencia colectiva de un mundo ideal. Tuvieron su mundo ideal los revolucionarios franceses y la revolución se realizó. Tienen un mundo ideal los comunistas "ahí está su fuerza". Aún los anarquistas a quienes Chocano llamaba "idealistas perdidos de un ensueño" tienen su mundo que los impulsa al sacrificio.

De dos generaciones que luchen, de dos ideologías en combate, el que tiene fe aunque no tenga razón ha de triunfar y el drama de muchos de nuestros hombres es tener razón y no tener fe.

De ahí que sólo con la creación de un fuerte mundo ideal capaz de impulsarnos a todos los sacrificios, sólo con un amor enorme (que nuestro amor sea más fuerte que nuestro odio), sólo con una voluntad enérgica de querer salvarnos y de hacer el bien, sólo con una concepción superior puede salvarse ese paso terrible del sueño de los idealistas a la tierra inclemente, áspera y dura. Que una generación dé ese paso. De su decisión pende, quién sabe, la suerte de una Patria.

René BOGGIO AMAT y LEON.